

2012

Alfonso Reyes frente al derrumbe de la vieja Europa (1939-45): América y la responsabilidad de “continuar la cultura”

Eugenia Houvenaghel

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Houvenaghel, Eugenia (April 2012) "Alfonso Reyes frente al derrumbe de la vieja Europa (1939-45): América y la responsabilidad de “continuar la cultura”," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 16.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/16>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

ALFONSO REYES FRENTE AL DERRUMBE DE LA VIEJA EUROPA (1939-45): AMÉRICA Y LA RESPONSABILIDAD DE “CONTINUAR LA CULTURA”

Eugenia Houvenaghel
Universiteit Gent, Belgium

1. Contextualización

Los ensayos de Alfonso Reyes que vamos a analizar en el presente estudio fueron apareciendo, en revistas y periódicos mexicanos¹ y de otros países hispanoamericanos,² entre los años de 1939 y 1945, y giran en torno a la Antigua Grecia.³ Pese a que Reyes redactó y publicó los artículos en Hispanoamérica, el clima en el que produjo dichos ensayos está muy marcado por los sucesos históricos en Europa. En 1939, estalló la Segunda Guerra Mundial y, con ella, se develaba el derrumbe definitivo de los valores de la Vieja Europa. El mismo mundo que había sido fuente de inspiración y modelo de imitación para la América Latina se convertía en la escena de la más increíble negación de lo humano, de lo racional y de lo moral. Los conflictos bélicos en Europa dieron pie a que muchos intelectuales hispanoamericanos creyesen en el irreversible debilitamiento del Viejo Mundo y temiesen el agotamiento completo de los centros tradicionales de la civilización. Veamos cómo expresa Leopoldo Zea⁴ el sentimiento que la crisis europea despierta en Hispanoamérica:

[...] América vivía cómodamente a la sombra de la cultura europea. Sin embargo esta cultura se estremece en nuestros días, parece haber desaparecido en todo el continente europeo. El hombre americano que tan confiado había vivido se encuentra con que la cultura en la cual se apoyaba le falla, se encuentra con un futuro vacío, las ideas a las cuales había prestado su fe se transforman en artefactos inútiles, sin sentido, carentes de valor para los autores de las mismas. Quien tan confiado había vivido a la sombra de un árbol que no había plantado se encuentra en la intemperie cuando el plantador lo corta y echa al fuego por inútil.

Ante este panorama desolador, la esperanza de los intelectuales hispanoamericanos se depositó en el Nuevo Mundo,⁵ al que reservaban un gran papel espiritual en el futuro. Sobre el trasfondo de la Segunda Guerra Mundial, en la que una Europa de violencia y matanzas se autoelimina, y de la difusión de ideas sobre la decadencia del Occidente por parte de pensadores como Spengler, tendrá lugar un cambio en la autovalorización de Hispanoamérica.⁶ Si sumamos a la desastrosa situación de Europa la nueva y creciente confianza en los valores americanos que caracteriza el novomundismo de la época, no resulta sorprendente el surgimiento de la idea de que la misión del Nuevo Mundo consiste, precisamente, en asumir el liderazgo cultural que había pertenecido antes a la Vieja Europa.⁷

Reyes, recordémoslo, conoció muy de cerca el ambiente bélico de Europa, pues tuvo que huir de París a Madrid tras el estallido de la primera Guerra Mundial. Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, ya había abandonado la diplomacia y residía en México, pero, pese a la distancia geográfica, es frecuente hallar, entre los artículos periodísticos de entonces, reflexiones sobre las posibles consecuencias de la crisis del mundo occidental en Hispanoamérica.⁸ La pregunta sobre el futuro de Europa después de la guerra da lugar al escepticismo: “que Europa pueda salir indemne e ilesa tras esta prueba pavorosa ¿quién se atreve a afirmarlo?”⁹ se pregunta Reyes, para afirmar, en otra ocasión, que Europa “saldrá de la guerra como un soldado herido, necesitando de auxilios y vendajes en tanto que vuelve a recobrar la salud.”¹⁰ Reyes considera que, para Hispanoamérica, se plantea más que nunca en estos momentos de crisis del mundo occidental el desafío y la responsabilidad de “continuar la cultura.”

En el plano filosófico, recordemos cómo en la segunda mitad del siglo XX el positivismo propone una visión negativa respecto de la identidad americana basada en elementos materiales—tales como la influencia del medio geográfico sobre el hombre—y fundamentada en las teorías acerca de la raza, de suerte que América será considerada como un continente enfermo. Contra aquella presentación pesimista del Nuevo Mundo surge, a inicios del siglo XX, un movimiento de reacción que busca en elementos espirituales otra visión sobre la identidad de América. Esta corriente—inspirada en el pensamiento de Schopenhauer, Nietzsche, Stirner, Boutroux y Bergson—, constituye el germen de un nuevo movimiento de talante optimista, caracterizado por su confianza en las posibilidades del Nuevo Continente, y que se conocerá con el nombre de “nuevo Americanismo” o “nuevo idealismo.” Dentro del marco de aquella corriente idealista, cabe situar a los miembros del Ateneo de México, entre los que destacan Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, y cuyo propósito en la primera mitad del siglo XX fue, como sintetiza Gutiérrez Girardot,¹¹ “el de superar la estrechez del positivismo que había servido de base ideológica al porfiriato y el de restablecer la metafísica y la cultura clásica.”

Ahora bien, en esta contribución, nos interesaremos por el *punto de vista* del ensayista acerca de la materia helénica expuesta en el libro y por el efecto que esta perspectiva sobre la cultura clásica produce en el público lector. Como punto de partida metodológico para analizar la *mirada* de Alfonso Reyes sobre la Antigua Grecia en los ensayos seleccionados, nos apoyaremos en el concepto de ‘escenografía,’ introducido por Dominique Maingueneau para referirse a la escena de enunciación que el propio discurso construye.¹² Más concretamente, la ‘escenografía,’ tal como la presenta Maingueneau, corresponde a la puesta en escena en el propio discurso de cuatro elementos interactivos a partir de los cuales pretende desarrollarse la enunciación: el ‘enunciador’ y el ‘co-enunciador,’ y el espacio (‘topografía’) y el tiempo (‘cronografía’).¹³ Por razones metodológicas y de claridad, vamos a tratar los diferentes aspectos de este punto de vista de forma independiente, pese a que cada una de estas facetas implica las otras y resulta, por tanto, artificial el separarlas.

2. Cronografía

Son varios los elementos que marcan el discurso *cronológicamente*—esto es, que revelan que nuestro autor nos habla desde un *ahora* que está muy distante del *ahora* de la Grecia Antigua. Entre estas marcas textuales de carácter temporal, incluimos, evidentemente, todas aquellas referencias al *hoy*, a partir del cual nuestro ensayista evoca la cultura clásica y que, por lo general, constituyen comparaciones entre aquel entonces y el momento actual. Cuenta Reyes, por ejemplo, que “las largas correrías *eran* [en la Antigua Grecia] siempre cosa temible, y los viajes de placer *distaban* de ser lo que *hoy son* y *se limitaban* a lo más fácil y próximo”¹⁴ y observa que “la novela pura parece haber sido desconocida en *aquel* periodo”¹⁵; o explica, también, nuestro autor, que la presencia de los dioses del Olimpo “*ocupaba* la imaginación de la gente como *hoy* la presencia de los insulsos astros de Hollywood”¹⁶; en otro ensayo, el autor mexicano destaca que “el escribir libros *era* entonces más difícil que *hoy* y el publicarlos (o su equivalente) más aún; y no salían al mundo tantas insulseces como *en esta nuestra venturosa edad* de la imprenta y de las publicaciones industriales, entendidas como parte del mueble”¹⁷; “Sócrates,” resalta Reyes en otro lugar, “habla para *sus coetáneos*, y no le importábamos *nosotros*, o al menos no nos tenía en la mente.”¹⁸

Obsérvese que los tiempos verbales y los pronombres personales empleados ayudan a resaltar el contraste entre el tiempo en el cual nuestro ensayista estudia la cultura griega y el momento en el que, efectivamente, esa civilización helénica se desarrolló. Examinemos, a continuación, un pasaje en el que Reyes subraya la diferencia entre lo que *nosotros* entendemos *hoy* bajo la palabra plagio y las costumbres de los antiguos en su momento histórico:

Hoy en día, todo autor se apresura, en general, a reconocer sus deudas; en parte, por la imposibilidad de disimularlas, dadas las facilidades *actuales* para semejantes esclarecimientos, que *están ya* al alcance de cualquiera. No así entre los antiguos. Carecemos de noticias sobre los medios de que se *valían* los bardos homéridas para precaverse contra imitadores y plagiarios, si es que lo *hacían* de veras. Más los historiadores no parecen haber tenido el menor escrúpulo en saquear a otros sin confesarlo. Ciertamente es que les *asistían* razones de que *hoy no podríamos prevalernos*. [...] Sería, con todo, absurdo comparar *aquel* mundo con el *actual*, en punto a servicio de librería y comunicación de publicaciones.¹⁹

Más adelante, el ensayista vuelve sobre este punto, diferenciando, siempre, muy bien entre el *hoy* y el *aquel entonces*: “No se tome esto por acusación, que no puede acusárselo de lo que nadie consideró *entonces* como un delito. [...] pues mucho peor sería para la posteridad que Heródoto hubiera ignorado o dejado perderse el saber acumulado *en sus días*.”²⁰

Los ejemplos precedentes sirven para ilustrar las grandes diferencias existentes entre los distintos momentos históricos a los que se está aludiendo. El fragmento siguiente, sin embargo, revela, que en ciertos terrenos, poco o nada ha cambiado:

Los sofistas, en esto, *contrastaban* con los hábitos de la gente, que se *había acostumbrado* a ver al filósofo como un ente extravagante que vivía en las nubes, al estilo de los pensadores jonios, y que, como Tales, *tropezaba y caía* en el pozo por andar bobeando con las estrellas. *Aún se piensa*, por ejemplo, que la gente de pluma *debe* vivir de aire como los camaleones. Y *hace pocos años*, yo escuché en boca de cierto diplomático sudamericano este dictamen inapelable: “¿Qué filósofo va a ser Keyserling, si cobra por dar conferencias?”²¹

En otras ocasiones, Reyes recurre al *ahora* para definir, mejor, a una persona, objeto o acontecimiento de la Antigua Grecia, como sucede, por ejemplo, en su descripción sobre el temperamento del líder militar Milciades (“temperamento —diríamos *hoy*—de jugador de alto estilo”²²), o cuando declara que “la tragedia [*Los persas*, de Esquilo] había sido escrita—según *hoy* diríamos—como obra de encargo para una fiesta patriótica,”²³ o bien al explicar que “el ciudadano [griego] acababa de hacerse en la calle, en el mercado, en las discusiones del ágora, en lo que llamaríamos *hoy* la tertulia de los intelectuales”²⁴; más adelante, precisa que la designación sofistas “no *tenía* en los orígenes el sentido peyorativo que *hoy* le damos.”²⁵

Pero estas marcas cronológicas que delatan el punto de vista de un autor no tienen por qué referirse, directamente, al tiempo. Ocurre, a veces, que nuestro ensayista alude, simplemente, a objetos, personas o conceptos que los griegos antiguos todavía no conocían, como sucede, por ejemplo, cuando afirma que, en aquel entonces, “no había brújula,”²⁶ cuando alude a “los pequeños satélites”²⁷ de las diferentes patrias del mundo helénico, al declarar que “Sócrates hacía de barómetro”²⁸ o describiendo como “caballeresco”²⁹ el oficio de la piratería

entre los aqueos. En otro lugar, menciona que Odiseo conoció “el país de los Lotófagos o comedores de la fruta (dátiles), en el estrecho formado por la isla de Gelbes o Yerbá, y aquella parte de la costa de Túnez, cuyo nombre significa precisamente *el país de los dátiles* [...] unos dos mil quinientos años antes de Carlos el Emperador.”³⁰ En cierta ocasión y mediante aposiciones, define la *koinée* griega como el “esperanto internacional de la clase intelectual y de los negocios”³¹ o describe la agrupación de los pitagóricos como una “masonería intelectual.”³² Más adelante, señala que la invención de la escritura había sido una “revolución tan radical como lo fue la imprenta para los tiempos modernos”³³ y compara la significación de Homero para la era alfabética con la repercusión de los poetas renacentistas en la era de la imprenta.³⁴ En otro momento, indica que el cisma de los discípulos de Pitágoras entre “racionalistas matemáticos” y “supersticiosos acusmáticos” podría verse “un curioso parangón de lo que *acontecerá* entre la Escuela y la Iglesia de Augusto Comte.”³⁵

Obsérvese además que, en este último ejemplo, Reyes cambia la perspectiva temporal al emplear el futuro para relatar los acontecimientos posteriores a la antigüedad clásica, pero anteriores al momento de escritura. En el siguiente ejemplo, Reyes también hace uso del futuro, pero, esta vez, para referirse a un momento histórico que todavía no ha llegado ni siquiera para el propio ensayista:

Tucídides siente que la historia humana ha llegado a una crisis definitiva con las guerras del Peloponeso. La causa que las impulsa se proyecta sobre los hechos como una fatalidad, saltando sobre los años de la tregua e hilvanando las dos guerras en una sola, como *aparecerán* a los ojos del historiador *futuro* nuestras dos Guerras Mundiales.³⁶

Finalmente, en su explicación de “El mito de Protágoras,” el autor mexicano advierte, antes de relatarlo, que el mito “es de una actualidad palpitante” y, tras su narración, vuelve sobre aquellas palabras iniciales revelando, al referirse a las invenciones científicas del siglo XX, su perspectiva temporal.

Protágoras ha querido decir que las técnicas del especialista, los inventos y las ciencias todas, si han de ser propicios a la humanidad, deben tener siempre a la vista el fin ético y político, la felicidad de todos los hombres. Por su mente parecen haber pasado tremendas anticipaciones proféticas. La falta de educación social, o su desviación egoísta y sanguinaria, hacen de la química, del avión, de la dinamita [Y de la desintegración atómica. *Nota posterior*], armas incontrastables de destrucción en vez de servir a los superiores destinos de la especie. [...] En nuestros días hallaríamos quien las niegue [las reglas éticas que rigen la ciencia humana], en mérito del ángulo facial y la pigmentación de la piel, miserias éstas de que Zeus nunca hizo caso. Pero ya Hermes, el amigo de los hombres, está otra vez de viaje, y esta vez trae, con los preceptos, las sanciones.³⁷

Nótese, asimismo, que en una nota al pie de la página de este ensayo que data de 1943, nuestro autor agregó, posteriormente, una referencia a la bomba

atómica arrojada sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945.

En definitiva, resulta obvio que Reyes ha optado por tratar su materia no desde una perspectiva neutra, objetiva y científica, sino, más bien, desde un punto de vista personal y cronológicamente marcado, tal y como hemos destacado en el análisis de las referencias temporales que se han llevado a cabo. Consideramos, además, que la finalidad didáctica de estos recursos no puede albergar ninguna duda, puesto que Reyes ofrece, a los lectores del siglo XX, puntos de referencia modernos, aposiciones y comparaciones que aluden a elementos contemporáneos para facilitarles la comprensión de una materia muy distante temporalmente. Bajo esta perspectiva educativa, las marcas cronológicas que hemos comentado se convierten en procedimientos de actualización de la cultura griega cuyo estudio, hoy en día, quedaría, así, plenamente justificado.

3. Topografía

Las marcas geográficas en nuestro corpus de trabajo son menos numerosas que las marcas cronológicas. No obstante, algunos elementos textuales bastan para indicar que nuestro ensayista escribe desde Hispanoamérica y, más concretamente, desde México. Reyes compara, por ejemplo, los lagos de Grecia con el Cuitzeo de México³⁸ y tras haber sostenido que los griegos conocían, muy bien, que el color de la piel es, únicamente, “una consecuencia exterior del sol y del clima,” ilustra este hecho con una oración que delata el origen mexicano de nuestro autor: “Todos ven volver atezado al que veraneó en Acapulco.”³⁹ En otro artículo, el ensayista alude, implícitamente, a su perspectiva mexicana para argumentar que el culto público a los dioses del Olimpo, “mucho más que un culto de creencia,” es “un culto de ceremonia cívica, como cuando hoy acudimos a cumplir un turno de guardia ante la columna de la Independencia.”⁴⁰ En otro momento, explica que la discusión acerca del lugar tan inconveniente en el que los calcedonios se instalaron recuerda la controversia sobre la ubicación de la Ciudad de México:

Los griegos [...] no comprendían la ceguera de sus antecesores, que se habían instalado a veces en los lugares más incómodos y desventajosos, siendo así que, al lado, tenían lugares mucho más convenientes.

Vieja discusión es ésta, de que algo sabemos nosotros. Porque todos los días oímos la queja contra la ciudad de México, encaramada en una altitud tan extrema, pantanosa ayer y hoy afligida por un clima cada vez más desértico, y que se hace desesperante en la estación de las tolvaneras. Todos los días oímos aquello de que Cortés debió haber llevado su capital a Cuernavaca. [...] es innegable que no era lo mejor esta alta meseta, y mucho menos por los días en que llegaron los remotos fundadores de Tenochtitlan. Al considerar la larga peregrinación que traían, y más si es cierto que se afincaron algún tiempo en parajes tan placenteros y ricos como Mazatlán, no puede uno menos de pensar que ellos no escogieron,

sino que venían expulsadas de todas partes—acaso por su conocido carácter sanguinario—y acabaron por quedarse con lo único que les dejaron: los fangales inclementes de las alturas.⁴¹

Otras referencias geográficas nos situarán en Argentina. Así, en “La estrategia del *gaucho* Aquiles,”⁴² nuestro autor elabora una larga comparación entre una serie de refranes recogidos en la región de los gauchos y un fragmento del canto XXII de la *Iliada*. Reyes introduce un decir en el habla argentina que reza: “no te dejés ganar *el lao de las casas*” y que aproxima a uno de los ladinos consejos del Viejo Vizcacha del Martín Fierro (“No dejes que hombre ninguno/ te gane *el lao del cuchillo*) para explicar, a continuación, que, en las haciendas, el lado de las casas es “el refugio donde el hombre se hace fuerte y se concentra en sí mismo.” Esta sentencia, reelaborada y adaptada a otro contexto, aparecerá, de nuevo, en el relato de la lucha definitiva entre Héctor de Troya y el héroe griego Aquiles, en la que Aquiles logra, a juicio de Reyes, “ganarle a Héctor el lado de las casas,” movimiento estratégico del héroe griego que explicará su triunfo. En otro ensayo, leemos que los emigrantes, en Grecia, se convirtieron en griegos, “por conquista ecológica del ambiente, como es argentino a más no poder el hijo de ‘gringos’ emigrados.”⁴³

Una unidad geográfica más extensa, América, sirve, también, a nuestro ensayista para situar el *punto de vista* geográfico de la enunciación, de modo que no resultará extraño leer que la Magna Grecia es “la América de los pueblos helénicos”⁴⁴ y que “los griegos tenían del Oriente la misma idea que tenían de América los descubridores, quienes esperaban encontrar a cada paso los portentosos países de Eldorado y las Amazonas.”⁴⁵ Asimismo, al referir cómo terminó la dominación de los griegos por parte de los persas tras la batalla de Maratón, inserta un episodio histórico de la tierra americana:

Se necesitaba una prueba de sangre para que, en su fuero interno, los griegos se reconocieran iguales y hasta superiores a los amos militares del mundo. Hacía falta, a fin de romper el encantamiento, un hecho bruto semejante a lo que fue, para los indígenas de América, el darse cuenta de que los caballos de los conquistadores, tenidos por entes incorruptibles, también eran mortales.⁴⁶

Algunas referencias más a la colonización de América revelan la perspectiva histórico-geográfica de nuestro autor; así sucede, por ejemplo, en la comparación que Reyes establece entre “la amorosa Calipso” y “la primera española,” porque “celos y ardor no le faltaban”⁴⁷; o cuando reconoce que el hecho de intercambiar objetos artísticos entre los griegos y los pueblos orientales no significa que exista comunicación alguna entre ellos, ya que “conquistadores españoles e indígenas americanos podían trocar chaquiras y pepitas de oro en silencio.”⁴⁸ La fusión, en la Antigua Grecia, de dos religiones, la del invasor y la del invadido, recuerda a nuestro ensayista el sincretismo que tuvo lugar entre el catolicismo español y las religiones indígenas en México:

Claro está que muchas veces [los dioses del Olimpo, importados por los invasores del Norte] se mezclan con legítimas divinidades nacionales o regionales, y entonces disfrutan el beneficio de la mezcla. También nuestros “hechiceros” indígenas comenzaron por seguir adorando a la Tonantzin bajo el disfraz de la Virgen de Guadalupe, y ya sus hijos adoraron a ésta.⁴⁹

Las referencias al *aquí* que acabamos de resaltar no son, de todos modos, estrictamente geográficas, ya que muchas veces aluden, únicamente, a las costumbres sociales del pueblo americano y a su pasado histórico. Sin embargo, los pasajes citados en este apartado ponen de manifiesto que la perspectiva de nuestro ensayista está moldeada por su origen americano. Esta cincelación histórico-geográfica implica un modo concreto de *traducir* la significación de los acontecimientos griegos descritos a un lenguaje comprensible para los lectores de este continente. De esta forma, al poner de relieve esa perspectiva geográfica que autor y lector tienen en común, Reyes procura familiarizarlo con la materia griega y consigue que ésta le resulte menos ajena. En definitiva, si las marcas cronológicas examinadas en el apartado anterior disminuyen la distancia temporal entre la cultura griega y el marco de referencia del lector, las referencias histórico-geográficas aminoran, también, la distancia espacial entre ambos.

4. El enunciador

Numerosas alusiones a elementos de la literatura, la filosofía, la religión o la música, en su mayoría europeas y de diferentes épocas históricas, revelan que la perspectiva cultural bajo la cual nuestro ensayista se enfrenta a la materia griega clásica no es, únicamente, hispanoamericana ni únicamente contemporánea. Es llamativa la carencia de referencias a facetas culturales hispanoamericanas en los ensayos estudiados. Mientras que las categorías espaciales y temporales parecen introducirse para crear un *nosotros*—que incluya al enunciador y al co-enunciador en un *aquí* hispanoamericano y un *ahora* contemporáneo—, la construcción del contexto cultural europeo parece situar al enunciador en otro mundo diferente.

Abundan alusiones de carácter literario que reflejan el ambiente cultural europeo que envolvía al enunciador del texto. Así, sabemos que el diario de Arístides fue escrito después de los hechos, pero se basa en notas que el autor iba tomando en el momento mismo, “como *La Doulou* de Alphonse Daudet”⁵⁰; el mismo Arístides había perdido el aliento “como cierto cantante en una historia grotesca de Edgar Allan Poe”⁵¹ y su arte ha sido comparado, según Reyes, “con Flaubert y con Whistler,⁵² estos afligidos del delirio de perfección.”⁵³ Cuando Reyes escribe sobre Homero, explica que, en opinión de Bérard, pueden distinguirse tres poemas diferentes dentro de la *Odisea*—el *Viaje de Telémaco*, las *Narraciones en casa de Alcínoo* y la *Venganza de Odiseo*— que corresponderían

a la obra de tres poetas distintos, comparables, respectivamente, con “Racine, Regnard y Voltaire.”⁵⁴ Reservamos un lugar aparte para dos autores ingleses cuya obra, de una manera u otra, tiene que ver con la Antigua Grecia. Tal es el caso de Swinburne, que elaboró un poema sobre el antiguo tema de la bella Atalanta, “virgen de armas tomar,”⁵⁵ o el de William Morris, quien trabajó con la historia de los Argonautas, Medea y Jasón.⁵⁶

En el terreno de la filosofía, podemos hallar algunos indicios que nos ponen sobre la pista de cuál es el entorno cultural que rodeaba y definía al enunciador del texto. Así, en uno de sus ensayos leemos que “en Aristóteles ambos [lo objetivo y lo subjetivo] se armonizan, y ya en los estoicos, como en Schopenhauer, prima *lo que se es sobre lo que se representa*,”⁵⁷ mientras que, en el campo de la música, se incluyen referencias como la de “aquel Olimpo que está ya en la línea de las operetas de Offenbach,”⁵⁸ que también nos informan acerca del punto de vista del enunciador.

A veces, nuestro autor interrumpe su discurso sobre la cultura griega para citar fragmentos literarios de extensión variable que, obviamente, guardan algún tipo de relación con lo que se acaba de exponer y que, con frecuencia, corresponden a autores de origen europeo. Así, en uno de sus artículos, leemos que “la formación definitiva del ciudadano [griego] resultaba del trato y roce con aquellas energías ambientes que Jules Romains llamaría *las potencias de la ciudad*.”⁵⁹ o que la obra de Homero se ha considerado, en una de las múltiples hipótesis lanzadas sobre ella, como “un misterioso producto colectivo, onda *wolfiana* que se organiza por sí sola en el aire a *manera de tempestad divina*, según decía Sainte-Beuve.”⁶⁰ Siguen otros ejemplos en los que se alude a Gil Vicente y a Cervantes:

[...] Safo, que hace agua clara de sus turbulencias pasionales. Oigámosla. En cierto fragmento que nos recuerda las estancias de Gil Vicente donde se enaltece la belleza de una doncella por encima de las bellezas de la guerra y del mar, de la montaña y del cielo (“Digas tú el caballero...”) Safo exclama: “Dicen que nada haya más hermoso que un escuadrón de jinetes, que un pelotón de infantes, que una escuadra de navíos en boga. No; que más hermoso es la presencia amada, que pone en suspenso el corazón.”⁶¹

De todo había entre los guerreros de Datis: montañeses de Hircania y del Afganistán, jinetes salvajes del Korasán, negros flecheros de Etiopía, y la populosa gente del Indo, el Oxus, el Éufrates y el Nilo, armada con sus sables cortos. De ellos, sólo la división persa ponía el corazón en la empresa. Con lo que va de la verdad al sueño, casi parece que para este abigarrado conjunto hace Don Quijote aquella su fantástica enumeración: “... los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la Felice Arabia; los que gozan las famosas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías el dorado Pactolo; los nómidas, dudosos en sus promesas; los persas, arcas y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas

naciones...” (I, XVIII) [...].⁶²

Finalmente, referencias a puntos de anclaje del cristianismo católico en Europa completan la perspectiva cultural de los ensayos. El dios Anfiarao, por ejemplo, es comparado con San Antonio de Padua, a quien también se le atribuía la virtud de encontrar los objetos perdidos. Reyes explica, a continuación, que la adivinación era, para este dios, “práctica de familia,” y agrega que “el hábito, en ambos sentidos del vocablo, hace el monje.”⁶³ Hesíodo y su sacralización del trabajo diario le hacen pensar en “aquella santa castellana [Santa Teresa de Ávila] que decía a las monjas de su convento, predicándoles el cuidado de las faenas diarias: *Entre los pucheros anda Dios, hijas.*”⁶⁴

Parece obvio que el *punto de vista* cultural está muy marcado por lo europeo. Esta perspectiva cultural, claramente perceptible, cumple otra función que la perspectiva cronológica o topográfica. Mientras que los primeros componentes de la puesta en escena del texto crean un *aquí* hispanoamericano y un *ahora* contemporáneo que el enunciador y el co-enunciador hispanoamericanos tienen en común, esta última categoría sitúa al enunciador en un ambiente europeo. De este modo, la focalización cultural bajo la cual Reyes describe la Antigua Grecia transgrede fronteras espaciales para pasar a la otra orilla y supera fronteras temporales para pasar a otras épocas.

5. Conclusiones

Las categorías espacial y temporal de la perspectiva de Reyes en *Junta de sombras* no deberán considerarse neutrales, sino que cumplen la función de actualizar y “americanizar” la materia tratada. Creemos, además, que esta construcción de la *mirada* del ensayista juega un papel importante en el funcionamiento “didáctico” de aquellos ensayos. Efectivamente, los puntos de referencia temporales y geográficos que delatan las circunstancias en las que un autor escribe su obra pueden considerarse manifestaciones del subjetivismo característico del ensayo, pero en este análisis de *Junta de sombras*, creemos haber probado que la función de este *punto de vista* se entiende mejor a la luz de una perspectiva didáctica, que, de hecho, constituye el fundamento de los *Estudios Helénicos* que acabamos de analizar. La finalidad didáctica de la perspectiva desde la cual el ensayista trata la materia no puede albergar ninguna duda, puesto que el autor ofrece a los lectores puntos de referencia concretos para facilitarles la comprensión de una materia distante en el tiempo y en el espacio. Esta puesta en escena de elementos temporales y espaciales implica un modo concreto de *traducir* la significación de los contenidos descritos a una situación comprensible para los lectores.

Si bien es verdad que la lectura de los griegos le era familiar a Reyes,—y también la de los críticos e intérpretes del helenismo tales como Otfried Müller,

Walter Pater, Victor Bérard, Gilbert Murray—, la cultura griega les era sin lugar a dudas ajena a los lectores de los periódicos en los que los estudios helénicos iban apareciendo. En este contexto, hemos resaltado el hecho de que el *punto de vista* ofrece a los lectores, de manera explícita, puntos reconocibles por éstos, facilitándoles, así, la entrada en una materia distante, tanto temporal como espacialmente. La cultura transmitida por los textos pierde su carácter anónimo, se personaliza gracias a la *mirada* del ensayista, lo que redundará en beneficio del receptor y de su aprovechamiento de las lecciones sobre la cultura helénica. Se trata, en definitiva, de la perspectiva personalizada e innovadora que nuestro ensayista adopta para referirse a una cultura que, a los ojos del lector americano medio que compraba los periódicos donde iban publicándose los artículos de Reyes, debe haberle parecido muy distante. En definitiva, en sus ensayos de *Junta de sombras*, nuestro autor busca transmitir el mensaje de que—según advierte al inicio de “La estrategia del *gaucho* Aquiles”—“no hay que tener miedo a la erudición” sino que “hay que contemplar la Antigüedad con ojos vivos y alma de hombres,” y más aún porque “en nuestra época de vasos comunicantes, y en que hay tan buenas traducciones y comentarios al alcance de todos, ni la extrañeza de la lengua muerta o de las circunstancias históricas pasadas podrían estorbar este contacto inmediato entre las almas de ayer y las de hoy.”⁶⁵

Al margen de esta personalización de la materia, subrayemos que estos ensayos sobre la cultura griega clásica ofrecen una segunda ventaja didáctica que consiste en realizar la verdadera integración de una cultura distante, tanto en el sentido cronológico como en el sentido geográfico, en el propio patrimonio. Recuérdese, a este respecto, la naturalidad con la que Reyes asocia elementos de su discurso central sobre la cultura helénica con aspectos ajenos a la cultura; por lo general, el ensayista no estima necesario introducir o justificar la cita, el ejemplo o la comparación, sino que los integra, casi sin interrumpir el hilo de su discurso sobre la cultura griega. Dentro del espacio limitado de este estudio, no hemos podido insertar muchas citas extensas, pero el lector de *Junta de sombras* observa que los pasajes dedicados a elementos no-griegos son insertados con relativa frecuencia y que, incluso, pueden llegar a extenderse bastante.

Deducimos que para Reyes, el establecer un vínculo entre la cultura griega y la cultura americana se cuenta entre los objetivos de la serie de estudios helénicos. Se constata, pues, que la apropiación de culturas clásicas y la integración de la cumbre de la cultura europea en el propio patrimonio se va a llevar a cabo conscientemente en esta colección de *Estudios Helénicos*. La colección de estudios helénicos *Junta de sombras* funciona, en este sentido, como paradigma de todos los escritos de Alfonso Reyes sobre la cultura clásica, en los cuales nuestro autor hace un esfuerzo importante por actualizar, rehabilitar, popularizar y “americanizar” la civilización grecorromana, mediante su *mirada* particular sobre aquella cultura.⁶⁶ No se trata, para Reyes, de adaptarse a la cultura europea, sino de adaptar ésta a su circunstancia propia, americana.

Recordemos que, en los años de juventud de nuestro autor, los miembros del Ateneo de México (1909-1914) se ocuparon intensamente de la lectura y el estudio de obras clásicas, lo que fue toda una experiencia y marcó decisivamente al entonces joven Alfonso Reyes. En virtud de un conocimiento científico y sistemático de la cultura clásica, Pedro Henríquez Ureña, el padre espiritual del Ateneo, denunciaba el fraude histórico y filológico del helenismo estetizante finisecular, el “pasatismo” o “exotismo” de los modernistas. Dentro de esa línea de pensamiento, Alfonso Reyes, en su época de madurez, vuelve a estudiar temas tales como la filosofía griega, la mitología clásica o la antigua retórica.

Para poder entender por qué las intenciones “didácticas” de nuestro autor se dirigen, tan insistentemente, hacia la cultura de la Antigüedad Clásica, no nos parece superfluo recordar la idea que nuestro autor tiene de la cultura en general y del destino de la cultura hispanoamericana en concreto, en este momento de crisis en el Viejo Mundo. La cultura tiene como única base la *continuidad*. El adjetivo “nuevo” adquiere, pues, en el contexto de la cultura, un valor relativo y no absoluto, de manera que lo nuevo no se opone a lo *antiguo*, sino que lo incluye.

Como prueba de esta relación de inclusión, no de oposición, entre lo nuevo y lo antiguo, tómesese, por ejemplo, el caso de la civilización de Grecia, que representa “una *nueva* cultura, aunque proceda de una derivación continua a partir de Egipto y el Oriente próximo y de la Europa occidental.”⁶⁷ El caso de la cultura de la Europa occidental no es diferente: representa una *nueva* cultura, aunque proceda de una derivación continua a partir de la Antigüedad Clásica. Del mismo modo, para Reyes, la cultura de Hispanoamérica será una *nueva* cultura, aunque proceda de una derivación continua de la cultura europea en general y clásica en particular. Pues bien, Reyes considera que se plantea para Hispanoamérica, más que nunca en aquellos años de crisis de la vieja Europa, el desafío y la responsabilidad de “continuar la cultura.”

El ideal cultural que América ha de alcanzar tendrá carácter “ecuménico” o de “síntesis”;⁶⁸ en efecto, este continente tendrá que asimilar “los condimentos indispensables de las mejores culturas del mundo” y refundirlos de modo original.⁶⁹ “En un mundo intensamente recorrido y cubierto por las comunicaciones entre todos los pueblos, y que lleva ya tanto tiempo de mezclar ideas, técnicas y emociones,” sentencia Reyes, no es lícito “hablar de culturas en plural,”⁷⁰ sino que la cultura debiera ser una. Esta unión o síntesis cultural que tendrá lugar en Hispanoamérica debe entenderse tanto en sentido temporal—fundir lo nuevo con lo antiguo—como en el sentido geográfico—la fusión de culturas distantes—.

Volviendo a nuestro corpus de trabajo, se constata, en efecto, que la apropiación de culturas clásicas se va a llevar a cabo, efectivamente, en esta colección de *Estudios Helénicos*. Observamos, asimismo, cómo la integración de este patrimonio en el horizonte hispanoamericano responde tanto a una fusión geográfica (Europa versus América) como a una síntesis de continuidad cronológica (Antigüedad Clásica versus siglo XX). Es así como los

hispanoamericanos pretenderán prolongar la cultura clásica, pero creativamente y en relación con la realidad americana en la que ha de ser recreada.

Sin embargo, y a pesar de la “americanización” de la materia helénica tratada, en los ensayos estudiados, la focalización del enunciador no centraliza la cultura hispanoamericana sino que revela, de hecho, una actitud eurocentrista. La puesta en escena de una red de referencias a la cultura europea revela la preferencia del enunciador por elementos culturales—contemporáneos o antiguos—provenientes de la vieja Europa, hecho que pone de manifiesto cuál es la tradición cultural más admirada por el enunciador y, a la vez, cuál es la tradición cultural que es aconsejable continuar. Más allá del mensaje obvio acerca de la difusión y popularización de la herencia griega, los ensayos parecen incluir una recomendación de una orientación hacia la cultura europea y de una actitud receptiva ante las influencias europeas. El análisis de la escenografía de los ensayos redactados entre 1939 y 1945 nos permite concluir que en época de Guerra, Reyes sigue comportándose, acorde con el ideario del Ateneo, como un educador y, más concretamente, un educador europeísta, quien, cuando emite un mensaje acerca de la responsabilidad de América para “continuar la cultura,” privilegia la cultura de la Vieja Europa. En definitiva, la visión de Alfonso Reyes sobre la misión cultural de América tras el derrumbe del Viejo Mundo parece subdividirse en dos fases. Primero se impone un anteproyecto, una fase preparatoria que supone un esfuerzo previo por parte de los hispanoamericanos, que consiste, precisamente, en apropiarse de la tradición cultural europea y en dominarla cabalmente para darla un lugar natural en el contexto de la realidad americana. Tras la realización de este trabajo previo orientado hacia la recepción de la cultura y la familiarización con esta herencia cultural, se iniciará—en opinión de un Reyes angustiado y devastado por las consecuencias culturales de la Guerra—otra fase que dé mayor protagonismo al continente americano y en la que se consolidará el significado cultural del Nuevo Mundo, del continente responsable de “continuar...la cultura.”

NOTAS

1 Revistas: *Cuadernos Americanos*, *Occidente*, *Educación Nacional*.

Periódicos: *Todo*, *El Nacional*.

2 *Revista de las Indias* de Bogotá, *La Prensa* de Buenos Aires, por ejemplo.

3 El corpus del presente estudio está constituido por unos 25 ensayos agrupados en un libro que apareció en 1949, bajo el epígrafe *Junta de sombras*. Alfonso Reyes, *Junta de sombras*, Obras completas t. XVII (México, FCE,): 233-535. En adelante abreviaremos: JS.

4 Leopoldo Zea, *América como conciencia* (México: CC y DEL UNAM, 1983), p. 9.

5 Citado en Martin Stabb, *In Quest of Identity* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1969), p. 291-292). Antonio Caso, en su artículo “En América dirá su última palabra la civilización latina,” también prevé un papel glorioso para la cultura americana. Leopoldo Zea sugiere, en *La filosofía como compromiso y otros ensayos* (México: FCE, 1952) y en *América en la conciencia de Europa* (México: Los presentes, 1955), que América podría ser destinada a rescatar los restos del humanismo occidental.

6 Es el derrumbe de la cultura por excelencia lo que permitirá el comienzo de la detección de lo positivo en una realidad americana que será reinterpretada en términos positivos frente a la barbarie europea: “[México] Ya no puede ser visto como un país símbolo del atraso o de la barbarie porque ha luchado en la Revolución por alcanzar un bienestar general. Este atraso y barbarie se hacen ahora patentes, elevados al más alto grado, en los más cultos pueblos que hasta ayer se lo reprochaban.” Leopoldo Zea, citado por Tzvi Medín, Leopoldo Zea: *Ideología y filosofía de América Latina*, (México: UNAM, 1983), p. 42.

7 Alfonso Reyes, “Posición de América.” Discurso pronunciado en 1942 en el *III Congreso de Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana Nueva Orleans*. El ensayo ha sido recopilado en Alfonso Reyes, *Tentativas y orientaciones / Obras completas, Vol. XI* (México: FCE, 1960), p. 256.

8 Alfonso Reyes, “La futura victoria” (23-VII-1943), “Los problemas de la guerra” (1943), “La conferencia de París” (12-VIII-1943), “La liberación de París” (VIII-1944), en *Los trabajos y los días / Obras completas, Vol. IX* (México: FCE, 1996), p. 310-320, p. 415-420.

9 Alfonso Reyes, “Posición de América.” Discurso pronunciado en 1942 en el *III Congreso de Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana Nueva Orleans*. El ensayo ha sido recopilado en Alfonso Reyes, *Tentativas y orientaciones / Obras completas, Vol. XI* (México: FCE, 1960), p. 256. En adelante, abreviaremos: PdA.

10 Alfonso Reyes, “Un mundo organizado,” en: *Tentativas y orientaciones / Obras completas t. XI* (México: FCE, 1960), p. 332.

11 Rafael Gutiérrez Girardo, “La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)” en *Revista de Occidente* (N° 106), p. 100.

12 Patrick Charaudeau y Dominique Maingueneau (eds), *Diccionario de análisis del discurso*. (Buenos Aires: Amorrortu, 2005), p. 222.

13 Dominique Maingueneau, *Le contexte de l'oeuvre littéraire: énonciation, écrivain, société*. (Paris: Dunod, 1993), p. 123.

14 “Un dios del camino,” JS, p. 234. El subrayado es nuestro.

15 “La historia antes de Heródoto,” JS, p. 345. El subrayado es nuestro.

16 “El mito de Protágoras,” JS, p. 376. El subrayado es nuestro.

17 “La historia antes de Heródoto,” JS, p. 329. El subrayado es nuestro.

18 “Parrasio o de la pintura moral,” JS, p. 384. El subrayado es nuestro.

- 19 “La historia antes de Heródoto,” JS, p. 327. El subrayado es nuestro.
- 20 *Id.*, p. 328. El subrayado es nuestro.
- 21 “El mito de Protágoras,” JS, p. 380. El subrayado es nuestro.
- 22 “Fastos de Maratón,” JS, p. 358. El subrayado es nuestro.
- 23 “*Los persas* de Esquilo,” JS, p. 372. El subrayado es nuestro.
- 24 “El mito de Protágoras,” JS, p. 376. El subrayado es nuestro.
- 25 *Id.*, p. 378. El subrayado es nuestro.
- 26 “Un dios del camino,” JS, p. 233.
- 27 “Fastos de Maratón,” JS, p. 351.
- 28 “Parrasio o de la pintura moral,” JS, p. 383.
- 29 “Un dios el camino,” JS, p. 234.
- 30 “Prólogo a Bérard,” JS, p. 252. El subrayado es nuestro.
- 31 “Hacia la Edad Media,” JS, p. 522.
- 32 “El despertar de Mileto,” JS, p. 292.
- 33 “La historia antes de Heródoto,” JS, p. 332.
- 34 “Prólogo a Bérard,” JS, p. 251.
- 35 “Los filósofos de las islas,” JS, p. 302. El subrayado es nuestro.
- 36 “De cómo Grecia construyó al hombre,” JS, p. 516-7.
- 37 “El mito de Protágoras,” JS, p. 380-1.
- 38 “Un dios del camino,” JS, p. 240. Cuitzeo, lago en el estado de Michoacán de Ocampo, se ubica en el parte centro occidental de México.
- 39 “La aurora de la investigación,” JS, p. 282.
- 40 *Id.*, JS, p. 280.
- 41 “Sobre fundación de ciudades,” JS, p. 273-4.
- 42 “La estrategia del *gaucho* Aquiles,” JS, p. 254-9.
- 43 “La aurora de la investigación,” JS, p. 278.
- 44 “La historia antes de Heródoto,” JS, p. 342.
- 45 “Fastos de Maratón,” JS, p. 360.
- 46 *Id.*, p. 353.
- 47 “Prólogo a Bérard,” JS, p. 253.
- 48 “La aurora de la investigación,” JS, p. 285.
- 49 *Id.*, JS, p. 280.

50 “Elio Arístides o el verdugo de sí mismo,” JS, p. 454.

51 *Id.*, p. 457.

52 Whistler, James Abbott McNeill (1834-1903), pintor, diseñador y artista gráfico estadounidense que realizó innovaciones técnicas y defendió el arte moderno, destacando sobre todo por sus aguafuertes. Hacia el final de su vida, mientras residía en París, Whistler alcanzó una gran consideración como artista y está considerado un pionero en el vanguardismo de las primeras décadas del siglo XX.

53 “Elio Arístides o el verdugo de sí mismo,” JS, p. 460.

54 “Prólogo a Bérard,” JS, p. 246.

55 “Un dios del camino,” JS, p. 238. Swinburne, Algernon Charles (1837-1909), poeta inglés famoso por sus temas libertarios y su virtuosismo estilístico. Su drama en verso coral *Atalanta y Caledon* (1865) lo lanzó a la fama; este poema constituyó un ambicioso intento por reproducir la fama y espíritu de la tragedia griega.

56 “Un dios del camino,” JS, p. 238. Morris, William (1834-1896), diseñador, poeta y reformador socialista inglés que tradujo en verso la *Eneida* (1875) y la *Odisea* (1877).

57 “De cómo Grecia construyó al hombre,” JS, p. 482.

58 “En el nombre de Hesíodo,” JS, p. 266.

59 “De cómo Grecia construyó al hombre,” JS, p. 479.

60 “Prólogo a Bérard,” JS, p. 245.

61 “Aspectos de la lírica arcaica,” JS, p. 320.

62 “Fastos de Maratón,” JS, p. 363.

63 “Un dios del camino,” JS, p. 236 y 238.

64 “En el nombre de Hesíodo,” JS, p. 267.

65 “La estrategia del *gaucho* Aquiles,” JS, p. 254.

66 Esta observación es, por ejemplo, muy válida en el caso del estudio de nuestro autor sobre el antiguo arte de persuadir, titulado *La Antigua Retórica*. En este sentido, podemos citar a Julio Torri, que señala cómo el ensayista mexicano quitó la pólvora de la antigua retórica en su libro: “Dondequiera que se abra *La Antigua Retórica*, se siente uno captado por una exposición llena de brío en que no sólo se interpretan las ideas retóricas de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, sino que se les actualiza con referencias a los libros modernos aparentemente más distantes, se evoca humanamente a esos tratadistas, y se exhuma con poderosa intuición su lejano ambiente y sus influencias intelectuales.” (Julio Torri en: *Boletín Capilla Alfonsina* (México, n° 16, abril-mayo-junio 1970), p. 24.

67 Pda, p. 255.

68 La teoría cultural de nuestro autor, que define la cultura americana como una síntesis de las culturas universales que superará a las culturas anteriores, se puede

comparar con la idea principal que Vasconcelos propone sobre el plano étnico en *La raza cósmica*, considerando al mestizo iberoamericano como una síntesis de razas, que superará a las razas existentes.

69 Alfonso Reyes, “La liberación de París” en *Los trabajos y los días /Obras completas* vol. IX (México: FCE 1960), p. 417.

70 PdA, p. 255.